



MAÑANA
UNA REVOLUCIÓN EN MARCHA
CYRIL DION

TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2017
TÍTULO ORIGINAL: *Demain. Un nouveau monde en marche*

© Actes Sud, 2015
© de la traducción, Silvia Moreno Parrado, 2017
© Errata naturae editores, 2017
C/ Doctor Fourquet 11, local dcho.
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-36-3
DEPÓSITO LEGAL: M-7180-2017
CÓDIGO BIC: JF
IMAGEN DE PORTADA: Warchi
MAQUETACIÓN: A. S.
IMPRESIÓN: Edelvives
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.


errata naturae

INTRODUCCIÓN	8	5. REPARAR, REUTILIZAR, HACERLO TÚ MISMO:	
LA PARTIDA	18	EL MOVIMIENTO DE LOS MAKERS	243
UNIVERSIDAD DE STANFORD: LOS ENTRESIJOS DE LA CONMOCIÓN	19	6. HACIA UNA ECONOMÍA DEL USO COMPARTIDO	
ENCUENTRO CON ELIZABETH HADLY Y ANTHONY BARNOSKY	20	DESCENTRALIZADO. ENCUENTRO CON JEREMY RIFKIN	250
ENCUENTRO CON LESTER BROWN	29		
1. ALIMENTARNOS PARA NO DESAPARECER	38	4. REINVENTAR LA DEMOCRACIA	258
1. ENCUENTRO CON OLIVIER DE SCHUTTER	41	1. ENCUENTRO CON DAVID VAN REYBROUCK	259
2. RELOCALIZAR LO QUE PRODUCIMOS:		2. REVOLUCIÓN EN ISLANDIA: LOS CIUDADANOS	
LA AVENTURA DE LA AGRICULTURA URBANA	54	CONTRA EL PODER FINANCIERO Y LA PRIMERA CONSTITUCIÓN	
Detroit	54	DE LA HISTORIA FINANCIADA MEDIANTE CROWDFUNDING	274
Todmorden	66	3. KUTTAMBAKKAM: LA GOBERNANZA DE LOS CIUDADANOS	
3. PRODUCIR DE OTRO MODO: LOS MILAGROS DE LA PERMACULTURA	79	POR SÍ MISMOS	288
4. UNA NUEVA HISTORIA DE LA AGRICULTURA	89	4. ENCUENTRO CON VANDANA SHIVA: OBEDECER LEYES SUPERIORES	303
2. LOGRAR LA TRANSICIÓN ENERGÉTICA	92		
1. ENCUENTRO CON THIERRY SALOMON	94	5. UNA NUEVA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN	312
2. LAS ISLAS RENOVABLES	107	CADA ALUMNO ES IMPORTANTE: LA EDUCACIÓN EN	
Islandia, geotermia e hidroelectricidad	108	FINLANDIA	319
Isla de Reunión: sol y Agrinergie	112	6. PONERSE MANOS A LA OBRA	334
3. COPENHAGUE: LA PRIMERA CAPITAL NEUTRA EN EMISIONES DE CO2	122	ENCUENTRO CON ROB HOPKINS	335
4. MALMÖ: EL ECOBARRIO DEL FUTURO	130		
5. ENCUENTRO CON JAN GEHL	138	CONCLUSIÓN	346
6. UNA CIUDAD SIN RESIDUOS: LA EPOPEYA DE SAN FRANCISCO	148	CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS	354
3. UNA ECONOMÍA PARA MAÑANA	160	AGRADECIMIENTOS	355
1. ENCUENTRO CON PIERRE RABHI	162		
2. POCHECO: ES MÁS ECONÓMICO PRODUCIR DE FORMA ECOLÓGICA	174		
3. MONEDA: DEL MONOCULTIVO A LA DIVERSIDAD	186		
Encuentro con Bernard Lietaer	186		
WIR: las 60.000 pymes que crearon su propio banco	202		
Bristol, la ciudad donde el alcalde cobra en moneda local	209		
4. LOCAL FIRST!	224		
Encuentro con Michelle Long, Michael Shuman,			
Nikki Silvestri y Judy Wicks	231		

INTRODUCCIÓN

27 de julio de 2012. Es temprano. Tengo la mirada fija en los listones del granero en el que duermo con mi familia. Noto la cabeza pesada, aturdida por el sueño, atontada por el calor. El cuerpo me pide aire. Me levanto despacio, me pongo algo de ropa encima y me deslizo al exterior. La naturaleza huele bien. Me adentro a pasos cortos en la alta hierba, con los pies descalzos. Millones de insectos se entrecruzan alrededor de los arbustos. Las primeras luces del alba me sientan de maravilla.

Estamos pasando las vacaciones en familia, en la granja de unos primos recientemente convertida a la agricultura ecológica. Tras los setos del jardín, algunas vacas, cerdos y caballos pisotean la hierba. Me pongo unos zapatos y camino, durante cerca de una hora, en contacto con una vida densa y serena, incrustada en la maleza, en los árboles, sobre las charcas.

De vuelta en el granero, enciendo el ordenador para echar un vistazo a las noticias. En la web de *Le Monde*, me llama la atención un artículo con un titular poco habitual, en el primer puesto de la lista de las noticias más compartidas por los internautas: «¿El fin del planeta en 2100?». Se trata de una entrada en el blog de una periodista «medioambiental», Audrey Garric. Al ojearlo y, después, al leerlo con más atención, me doy cuenta de que en él se menciona la posible desaparición de parte de los seres vivos en cuestión de varios decenios. Me cuesta creerlo. La información procede de un estudio publicado en la revista *Nature*, obra de veintidós científicos de todo el mundo. Pone en relación decenas de trabajos relativos a la contaminación, el cambio climático, la deforestación, la erosión de los suelos, el aumento de la población, la pérdida de biodiversidad, etc., y llega a la conclusión de que estamos a las puertas de un punto crítico en el que la degradación en cadena de los ecosistemas podría cambiar radicalmente los equilibrios biológicos y climáticos del planeta. Este cambio se produciría de manera tan brutal que las especies vivas no podrían adaptarse a él...

Me quedo atónito durante varias horas. Cuando todos se levantan, no digo nada. No sé qué decir. Observo a mis hijos tomar el desayuno, los ojos aún hinchados por el sueño, miro a los demás (mi compañera, sus primos) hacer los gestos mecánicos que cada mañana devuelven el cuerpo a su sitio. Todo lo que la víspera me habría parecido normal se me antoja ahora totalmente fuera de lugar. No encuentro la manera de compartir con ellos lo que acabo de leer. Y, sin embargo, no aguanto más. Espero una hora, más o menos, y se lo cuento: de la mejor manera posible, sin exagerar, con el máximo de matices y precauciones, pero sin dejar de expresar hasta qué punto me ha conmovido la noticia. Nadie reacciona como yo esperaba (sólo se lo había contado a personas adultas). El inicio de nuestra conversación es algo así como «Ya sabemos que es una catástrofe... Pero ¿qué le vamos a hacer?». Una parte de mí está aterrorizada, mientras que la otra entiende a la perfección lo que ocurre. Porque, en el fondo, ¿qué se puede hacer ante una noticia así?

Diez días después, el estudio aparece en la primera plana de *Libération*. Laure Nouhalat, emblemática periodista del departamento «sobre el planeta», consigue, gracias al vacío editorial del mes de agosto, alcanzar la primera página del diario y otras cuatro interiores. Vuelvo a mencionar el tema a mi compañera. Y recibo más eco por respuesta. Sin embargo, me fascina la ausencia de reacción concreta que suscita esta noticia, incluso en mí mismo. No cambia nada especial en nuestra cotidianidad, si bien estamos hablando de una serie de acontecimientos cuyas consecuencias serían igual de graves (sin duda, bastante más) que las de una guerra mundial.

El 31 de marzo de 2013, acudo como invitado al noticiero de Stéphane Paoli en France Inter. Durante la preparación del programa, le hablo del estudio y le hago partícipe de mi consternación. Ningún medio de envergadura ha abordado con seriedad la cuestión desde que lo hiciera *Libération*, el 9 de agosto de 2012.

En antena, se hace eco de este absurdo mediático, y con convicción. No obstante, el noticiero de las 13.00, la parte central del programa, en esta radio pública, seria y reputada de izquierdas, donde trabajan muchos buenos periodistas desde hace años, no aborda más que un puñado de hechos diversos y algunos rifirrafes entre políticos. Nada realmente importante. Al final, esta noticia, que habría debido ocupar la primera página de todos los periódicos, de todas las radios, de todas las televisiones nacionales, queda relegada (con la notable excepción de *Libération*, gracias a la obstinación de Laure Nouhalat) a una entrada de blog en uno de los principales diarios de Francia, a un encarte en *Alternatives économiques* y a dos artículos en Internet (que yo sepa, en la web de *Échos* y de *Psychologie magazine*)... ¿Cómo es posible?

Durante más de seis años, había estado reflexionando activamente sobre esta paradoja. A finales de 2006 se me confió la creación de un movimiento¹, inspirado en el agroecologista y escritor Pierre Rhabi. Lo estuve dirigiendo hasta agosto de 2013, periodo durante el cual tratamos de entender lo que llevaba a la ciudadanía, a los empresarios y a los políticos a actuar... o a no actuar. Las constataciones alarmistas se habían ido multiplicando desde hacía décadas, ya vinieran de autores desconocidos como Fairfield Osborn en 1949, de Rachel Carson en 1961, del informe del Club de Roma en 1972, del IPCC² desde 1988, de la primera cumbre de Río en 1992 (y de todas las que han seguido), de documentales, de programas de televisión, de distintas ONG o incluso de algunos responsables políticos... pero no daban lugar a ninguna medida de envergadura. Los gobiernos seguían pensando a corto plazo, normalmente orientados en sus decisiones por los pesos pesados del mundo económico y financiero y por la obsesión de ser reelegidos;

¹ El movimiento Colibris, www.colibris-lemouvement.org.

² International Panel on Climate Change, Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático.

la mayor parte de los empresarios abrazaba, sí o sí, la lógica del crecimiento y del capitalismo; la mayoría de ciudadanos seguía haciendo girar la máquina del consumismo, atrapados en su día a día y sus burocracias financieras... Y, durante ese tiempo, la mitad de las poblaciones de especies salvajes estaba desapareciendo, la temperatura del planeta seguía subiendo, las montañas de residuos se iban acumulando, 1.000 millones de personas no tenían con qué alimentarse, mientras que casi 1.500 millones sufrían obesidad. Y 85 personas acumulaban tanto dinero como 3.500 millones de seres humanos... ¿Qué hacía falta para que reaccionáramos?

A fuerza de plantearme estas preguntas, se me ocurrieron dos cosas.

En primer lugar, que padecemos una creciente virtualización de la realidad y una incapacidad para poner en relación nuestros actos y las consecuencias que no vemos ni sentimos: el cambio climático, provocado por nuestro consumo irracional de energía; el sufrimiento de los esclavos que montan nuestros teléfonos y prendas de vestir en el otro extremo del mundo; el agotamiento de los recursos que sirven para fabricar nuestros bienes; el sufrimiento de los animales que desfilan por las cadenas de los mataderos mecanizados para que nos atiborremos de filetes, hamburguesas y salchichas; las miles de especies salvajes que borramos de la faz de la Tierra para construir aparcamientos, hoteles, supermercados, para cultivar el maíz y la soja de los que se alimentan las reses, pollos y cerdos que confinamos en hangares gigantescos... Muchísimas veces había intentado explicar a mis hijos por qué me negaba a llevarlos a los locales de comida rápida a los que iban todos sus amigos, como el que va al cine o a la panadería, sin pensarlo. Pero lo que les repetía una y otra vez —y lo que antes se me había repetido a mí una y otra vez, durante años, sin que ello provocara la menor reacción por mi parte— no eran más que palabras, ideas abstractas. Los bosques que arrasamos no son más que cifras, a veces imágenes, que olvidamos en cuanto una

nueva distracción nos las aparta de la mente. Soy muy consciente de cuánto me cuesta tener que estar convenciéndome, una y otra vez, de las elecciones que he hecho: la necesidad de no comer carne, de no ir al supermercado, de no viajar en avión demasiado a menudo... Y de cuántas veces flaqueo. Porque, ¿cuánto valen las buenas intenciones frente al peso de la cultura de masas y de los hábitos? ¿Cómo esperar verlas triunfar cuando todo en nuestra forma de vida, en la manera en que se organiza nuestro mundo, nos conduce a gran velocidad hacia la dirección contraria? Y, sin embargo, ¿qué opción tenemos?

La segunda cosa que se me ocurrió es la falta de horizontes que padecemos. Desde 2007 había estado ponderando hasta qué punto nos faltaba una visión deseable de la ecología, de un mundo sostenible. Pasábamos el tiempo (como casi todos nuestros colegas de otras ONG) pidiendo a los actores de la sociedad que cambiaran su manera de vivir, sin proponerles, no obstante, alternativas globales y estimulantes... Les exigíamos que pusieran un pie en el vacío. Y pocas personas tienen la valentía o la posibilidad de dar un salto así hacia lo desconocido. Teníamos que proponer una tabla de salvación, un suelo firme y tranquilizador sobre el que apoyarnos, colectivamente, para construir el futuro. O, al menos, intentarlo. Las conferencias, los actos que organizábamos estaban llenos de gente que no tenían más que una frase en los labios: «¿Qué podemos hacer?». Pero no bastaba con proponer acciones aisladas. Sobre todo, cuando éstas no parecían ajustarse al alcance del problema. Resulta difícil creer que «una ducha mejor que un baño» pueda surtir el menor efecto sobre el agotamiento de los recursos hídricos, ya que sabemos que el 70% del agua se utiliza en la agricultura y la ganadería³. Es incongruente relacionar la enormidad del cambio climático con la luz que hay que acordarse de apagar o el trayecto en coche que hay que evitar. Sobre todo,

³ www.eaufrance.fr/comprendre/les-usages-de-l-eau-et-les/eau-et-agriculture.

cuando conocemos las cantidades de gases de efecto invernadero que emiten las centrales termoeléctricas chinas o la extracción de petróleo de esquisto en Alberta. Por supuesto, estos motivos que se esgrimen constantemente para no actuar (porque siempre hay alguien que contamina más en algún lugar del mundo) son indignos de nuestra humanidad. Pero nos cuentan algo esencial: una parte de nosotros cree que estas acciones no sirven para nada. Y nadie tiene ganas de hacer esfuerzos inútiles. Tal vez sea necesario, pues, que esas acciones se inscriban en un plan director. Que diseñemos los planos de una nueva casa, de una nueva sociedad, en los que indiquemos de qué forma puede contribuir cada cual a poner las primeras piedras. Tal vez la necesidad prioritaria sea construir sensibilidad, entusiasmo, historias, que hablen tanto a nuestra inteligencia como a nuestros corazones.

En el año 2008, descubrí un libro cuya lectura me causó una honda impresión: *L'Espèce fabulatrice* [La especie fabuladora], de la novelista y articulista Nancy Huston. El libro comienza así:

De entre todos los seres vivos de la Tierra, sólo los humanos saben que han nacido y que van a morir.

Saber estas dos cosas nos otorga algo que no tienen ni siquiera nuestros parientes más próximos, los chimpancés y los bonobos: la intuición de lo que es una vida entera.

Sólo nosotros percibimos nuestra existencia en la Tierra como una trayectoria dotada de sentido (significado y dirección). Un arco. Una curva que discurre desde el nacimiento hasta la muerte. Una forma que se despliega en el tiempo, con principio, peripecias y final. En otros términos, un relato.

«En el principio existía el Verbo» quiere decir lo siguiente: es el verbo (la acción dotada de sentido) lo que marca el comienzo de nuestra especie.

El relato confiere a nuestra vida una dimensión de sentido que los otros animales desconocen. [...] El sentido humano se distingue del animal en que se construye a partir de relatos, de historias, de ficciones⁴.

⁴ Nancy Huston, *L'Espèce fabulatrice*, Arlés, Actes Sud, 2008.

En esta obra, Nancy Huston sugiere que la ficción es una función elaborada por el ser humano para garantizar su supervivencia. Aterrorizado, angustiado por su propio fin, padece una necesidad desesperada de construir sentido, de justificar su existencia en el corazón de los misterios que lo rodean. Religiones, Estados, Historia: no cesa de elaborar historias individuales y colectivas que, cuando se comparten de forma masiva, se convierten en la base de sus constructos sociales y culturales. La tradición oral, la pictórica y, después, el libro, ostentaron durante mucho tiempo un lugar privilegiado en la difusión de estos relatos. La aparición de la novela aceleró este fenómeno hasta darle un puesto oficial de «ficción». A partir de la década de 1930 y, más aún, la de 1950, el cine se convirtió en una herramienta privilegiada para esta capacidad que unos seres humanos han desarrollado para contar historias a otros millones de congéneres. Y de moldear, así, sus imaginarios.

El ángulo bajo el que se presentaba la realidad en ese libro fue una especie de revelación. No afirmo que esta teoría sea exacta, pero es una ficción que a mí me dijo algo. Me pareció, entonces, que el conjunto de ideologías, de modelos de sociedad contra los cuales se nos llevaba a dedicar tanta energía no podían «combatirse» eficazmente más que bajo el ángulo de la ficción y del relato. En muchos aspectos, lo que acostumbramos a llamar «el sueño del progreso» es una ficción que, por su capacidad para generar ilusión entre buena parte de la humanidad (y, por lo tanto, para hacer que ésta asuma plenamente ese relato, hasta el punto de contribuir a ponerlo en práctica), ha transformado nuestra humanidad entera. Querer implicar a toda la humanidad o a parte de ella en una nueva vía, más ecológica, más humana, era una tarea, pues, que no podía llevarse a cabo sin sentar las bases de una nueva ficción colectiva.

A finales de 2010, empecé a escribir el guion de una película que intentaba seguir esa línea. A modo de esbozo, donde colocaríamos

los muros que ya conocemos: las iniciativas pioneras que participan en la reinención de la agricultura, la energía, el urbanismo, la economía, la democracia, la educación... Mi intención era comprobar si, poniéndolas una tras otra, veíamos surgir un relato que describiera lo que podría ser el mundo del mañana. Y si esa ficción era lo suficientemente motivadora para llamar a la acción y a la creatividad, igual que la ficción del «progreso» había conseguido hacer sesenta años antes. A finales de 2011, conocí a la actriz y cineasta Mélanie Laurent. En septiembre de 2012, fuimos juntos a visitar una granja de permacultura totalmente extraordinaria. En el camino de vuelta, le hablé de ese proyecto que tanto esfuerzo me estaba costando poner en marcha. Mélanie se mostró muy entusiasmada y así iniciamos una relación de amistad. En febrero de 2013, tras las decepcionantes noticias de unos posibles socios, le propuse que hiciéramos juntos la película. Aceptó de inmediato y, para ello, hubo de rechazar otros compromisos más lucrativos y más gratificantes para su carrera. Un año más tarde, tras mucho trabajo y una primera prueba en la isla de Reunión, lanzamos una campaña de financiación participativa. Pretendíamos recaudar doscientos mil euros en dos meses para poner en marcha el rodaje propiamente dicho. Gracias al extraordinario entusiasmo de diez mil personas, conseguimos reunirlos al cabo de dos días. Al término de los dos meses, disponíamos de cuatrocientos cincuenta mil euros. La aventura podía comenzar. Gracias a esas mujeres y hombres (y a otros socios), hemos podido viajar a diez países, conocer a cerca de cincuenta científicos, activistas, empresarios y políticos que están sentando las bases de un mundo nuevo. Este libro y la película *Demain* son el resultado.

